

TESTIMONIO

EL ESPÍRITU OBRA DONDE QUIERE

Pablo del Casar

Había ido al pueblo el día anterior, jueves, después de comer, yo solo. Con los días ya tan cortos, llegué anocheciendo y después de volver del peluquero, encendí el fuego y retomé un libro mientras escuchaba música. Cuando estoy allí me encuentro habitualmente a gusto, me parece un milagro poder estar comfortable en una casa tan vieja y con tantas deficiencias objetivas pero que a mí no me importan. Esto lo he hecho muchas veces, pero llevaba algún tiempo buscando algo más, una paz mas profunda, mas auténtica, que yo he disfrutado otras veces por misericordia del Señor y de la que yo mismo he salido por mi pecado y por mi inconsciencia. Aparentemente yo estaba bien, me encontraba a gusto en la eucaristía, diaria o poco menos, iba a la oración en Maranatha, incluso en el verano había compartido días hermosos de peregrinación y oración con los hermanos. Pero no tenía la paz auténtica que da el Señor. En el fondo tampoco la había querido, me encontraba bien con mi familia, con mis trabajos, con mis cigarrillos, con mis cosas..... Bueno, en realidad no tan bien, porque me daba cuenta de esa ausencia de paz, que no es, en mi caso, sino ausentarme del Señor, reduciendo su presencia a esos momentos de piedad explícita, fuera de los cuales yo no estaba con él. Me eran evidentes algunos elementos, de tipo espiritual y material, en los que se manifestaba mi alejamiento práctico del Señor, alimentando mi psicología, dando falsa "vida" como diría Chus. Seguro que no es el más importante, pero mi adicción al cigarrillo me impele a prescindir o aligerar cualquier otra cosa, por ejemplo la oración. Por todo ello de alguna manera quería cambiar mi vida pero "no todavía" como decía San Agustín.

El caso es que una semana antes, en una estancia similar a la que digo, me había ocurrido una cosa curiosa. Había estado en la misa de las monjas y volví con el cura en su coche hasta un bar donde tomamos café. Durante la eucaristía había sentido la ausencia del sacramento de la confesión, tenía que corregir eso. Hacía meses que no me confesaba y durante el café siguió dándome vueltas la necesidad de confesar. Así que se lo dije al sacerdote, un hombre joven, y me abrió el camino: un cuarto de hora después estaba confesándome con él en la iglesia de arriba. Me quedé reconciliado y contento. Visto como actúa el Señor, en mi experiencia siempre de forma diferente, me parece que esa necesidad de confesar puesta en mi corazón fue un paso necesario para hacer lo que hizo.

El viernes por la mañana, hacia las ocho y cuarto, salí de casa hacia el monasterio de Santa Ana que está en las afueras del pueblo, bajando hacia el río. Hacía una mañana fresquita con un sol que apuntaba. Saludé a un matrimonio amigo que venía del centro médico, y me encaminé a la carretera. Iba contento, había dormido bien. En la poca distancia que hay hasta allí cambió el ambiente, la bruma lo cubría todo, no se veía nada del valle ni de la ladera opuesta, el sol apenas se percibía sobre la arista de la meseta con esa ladera. Estaba seguro de que llegaba con tiempo a misa y así fue. Cuando entré en la

iglesia las monjas cantaban, el cura aún no había llegado, estaba yo sólo como otras veces, porque a la gente del pueblo le debe parecer larga la distancia. Cuando llegué a mi sitio me hincé de rodillas, cosa que no es lo habitual en mí, y estuve implorando y alabando al Señor, a la Trinidad Santa. No sé que pasaba pero sentía una unción grande y en un momento me llegó como una idea expresada en “vas a estar en el Cenáculo y en la Pasión”. No estaba demasiado extrañado porque sé que la eucaristía es memorial de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo; pero me acordaba de las palabras de Esther en la enseñanza del miércoles anterior, recordando que Pedro Reyero decía que si comprendiéramos un poquito de la realidad del misterio “nos fundiríamos”. Llegó el párroco y empezó la eucaristía, fue gozoso, hasta los cantos de las monjas eran más bonitos, yo estaba como transportado. Participé con una unción que solo podía ser del Espíritu. Cuando recibí el cuerpo de Cristo me llegaron unas palabras diciendo que Él estaba dentro de mí y enfrente, en el sagrario; se me hizo notar la santidad del Señor en mí y en todos sitios. ¡Que fuerte! como dicen los jóvenes. Mi acción de gracias fue una alabanza gozosa, tenía que ser el Espíritu el que oraba en mí.

Fue una suerte que, después de la misa, algo retuviera al párroco allí y no saliera, y el camino de vuelta a casa fue, sin distracciones, una pura acción de gracias porque me di cuenta que llevaba una alegría, una paz y una libertad que solo podían ser del Espíritu. Un sol espléndido había sustituido a la bruma de la llegada. Dentro de mí estaba constantemente el nombre de Jesús y todo lo veía y todo lo disfrutaba sin que se apartara de mí. Era evidente que se me había concedido la paz que ansiaba y no lo dudaba, como mi pensamiento acostumbra de ordinario. Esa presencia, ese acompañamiento del Espíritu que te hace presente en continuo a Jesús, sin estorbar nada de lo que ordinariamente haces, es una vivencia sin par. Después he leído, acabo de hacerlo ayer, palabras sabias del Papa sobre ello, comentando la enseñanza de San Pablo sobre el Espíritu Santo. Verdaderamente a mí me pasaba que el Espíritu influía sobre mí mismo ser: la paz, la alegría, la alabanza eran suyas en mí. Y todo de una manera tan suave, tan sin notarse en apariencia, que estaba perplejo. La verdad es que uno tendría que estar acostumbrado, porque no era la primera vez que me había ocurrido desde que conocí la Renovación Carismática, pero a eso yo no me puedo acostumbrar, la presencia viva del Señor es siempre nueva, impactante. En esas palabras del Papa que digo se expresa muy bien lo que me había ocurrido, porque el don objetivo recibido en los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, la filiación divina, había pasado a realidad subjetiva en mí, que determinaba mi manera de pensar, de actuar, de ser. El Espíritu que da vida me “había restituido la condición filial y la libertad confiada”, por pura gracia.

Después del desayuno me dediqué al trabajo. Pero en varias ocasiones me sorprendí, la primera al acabar aquel, de que, acordándome por costumbre de parar un rato para el cigarrillo, no me sentía impelido a ello. Era la constatación material de lo extraordinario que me acontecía. El día fue provechoso, sin agobios, y transcurrió pleno de paz y de alabanza. Terminé el día cenando cerca del fuego y continuando con el libro. En algún momento me preguntaba: esto que me ocurre es verdad pero ¿continuará?, ¿querré yo que continúe?. Suena como una blasfemia, Dios me perdone, pero estoy acostumbrado a no fiarme de mí. ¡Tengo tantas debilidades!. Y puedo decir que me llegó como una auto

contestación: de mí no me puedo fiar pero del Señor sí. Con esa paz la noche fue pura alabanza, aún durmiendo.

En la mañana del sábado me levanté bien dispuesto para seguir gozando de lo se me había dado el día anterior. A las ocho y cuarto iba hacia el monasterio con mucha paz y contento, seguro de que llegaba pronto a la eucaristía. Al bajar por la carretera el ambiente estaba brumoso, quizás algo menos que el día antes. Me sorprendió la presencia de un perro sobre el muro de sujeción de tierras de la ladera, a la izquierda en el sentido de mi marcha. En muchos años y en muchísimas ocasiones que había hecho ese recorrido, la mayoría con mi esposa, nunca había visto allí un perro. Era negro, grande, con la cabeza alta. Veía que tenía una cadena y pensé que, a lo mejor los dueños de esa finca lo habían dejado con más holgura para que pudiera acercarse hasta el muro. Pero yo conozco a algunos de ellos y no era probable que estuvieran allí. El perro solo me miraba, sin ladrar. La paz y tranquilidad que llevaba fueron sacudidas por la alerta. Continué cuesta abajo y unas decenas de metros adelante volví a ver el perro encaramado sobre el muro, algo delante de mi altura, mirándome. Ya no podía dudarlo, la cadena no podía ser tan larga, se había soltado de ella y lo que veía que arrastraba era un trozo de la cadena rota. Un perro guardés suelto no era de fiar, había que procurar defenderse, estar atento a sus movimientos. A muy pocos metros estaba ya la entrada al monasterio y me pareció una suerte. Pero esa puerta da acceso a una calle o camino, entre dos alambradas tapadas por plantas arizónicas, de unos cien metros de largo, que termina en una plazuela con el convento y la pequeña iglesia, y ya no me pareció tanta suerte porque por la carretera pasan coches de vez en cuando pero por esa calle solo iba a pasar el cura cuando llegara. Cuando ya estaba en el camino noté que el perro corría hacia mí y me volví para asustarlo, como yo ya lo estaba; todo el recorrido lo hice sin perderle la cara al perro, prácticamente de espaldas, frenándole con aspavientos cuando corría hacia mí. Me daba cuenta que la situación era ridícula pero podía convertirse en dramática, y la urgencia de lo que me pasaba se superponía al estado de paz y libertad que tenía cinco minutos antes. Por fin alcancé la puerta de la cancela de la iglesita y vi al perro irse a una barbacana sobre el huerto del monasterio.

Di gracias al Señor por lo que no había pasado y pensé lo fácil que puedo perder algo que era tan fuerte momentos antes, aún reconociendo que ese algo era obra del Espíritu en mi. Me entró el temor de que lo ocurrido podía volver a meterme en mi rollo y alejarme indirectamente del Señor, pero sólo fue una tentación. Eso me sirvió durante la eucaristía, a la que llegaron dos personas más, para rogar a nuestro Señor que no me quitase su Santo Espíritu en cualesquiera circunstancias que ocurriesen. Cuando terminó la misa, el párroco se dirigió a su coche sin demora y yo salí para volver con él por si seguía el perro en los alrededores, pero ya no estaba por allí. El sacerdote lo había visto al llegar y no le produjo tranquilidad al ver la cadena rota.

Han pasado ocho días desde la gracia que recibí y perduran los frutos. Solo puedo expresar mil gracias al Espíritu de Jesús Resucitado y ponerlo por escrito, aunque me cuesta esfuerzo, lo que en otras ocasiones no he hecho. Me doy cuenta de que a veces he aplazado el testimonio, incluso para mí mismo, para que la permanencia de los efectos

del paso del Señor fuera “prueba” de su real intervención. ¡Que equivocado discernimiento! Eso no prueba mas que yo he sido fiel desde entonces a la gracia recibida, porque El es esencialmente fiel y no puede fallar. Que Dios me libre de la tentación de proyectar sobre El mi falta de fidelidad. ¡Gloria al Señor!

18/11/2006